

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO DECIMO.

ARTICULO PRIMERO.

Pintura del imperio griego en el siglo décimo.

A principios de este siglo imperaba todavía en Constantinopla Leon el Filósofo, de quien hemos hecho ya mencion. Los últimos años de este monarca fueron agitados con grandes turbaciones, ocasionadas de su casamiento con la célebre Zoe Carbonopsina, con quien quiso casarse solemnemente, y declararla emperatriz. Las leyes canónicas de los griegos, que prescribian las quartas nupcias, se oponian á esta idea; pero Leon, que no habia tenido hijos de ninguna de sus tres primeras mugeres, como logró ser padre con el nacimiento de Constantino Porfirogeneta, que dió á luz Zoe el año 905, resolvió hacer conceder los honores y título de esposa legítima á aquella de quien acababa de tener un sucesor. El patriarca Nicolas, llamado por su grande piedad el Místico, apoyado de un crecido número de obispos y de todo su clero, se opuso fuertemente á una empresa, que tenia por un escándalo enorme, y por el trastorno de las leyes mas sagradas. Irritado Leon con este obstáculo, se valió del artificio y de la violencia para conseguir sus intentos; y su amor á una muger, que en los principios habia tomado tan solo por concubina, lo convirtió en perseguidor. No dexó de encontrar un sacerdote llamado Tomas, que tuvo la cobardía de darle la bendicion nupcial. El patriarca depuso á este ministro prevaricador, que se habia atrevido á au-

torizar un matrimonio contrario á las leyes eclesiásticas, de las que era preciso á lo ménos conseguir dispensa ántes de pasar adelante. No contento con esto Nicolas, prohibió la entrada en la iglesia al emperador, hasta que hubiesen llegado los legados del papa y de las sillas principales de Oriente convocados para exâminar este asunto; y entre tanto que se juntaban los que le habian de juzgar, se quedaba este monarca en la sacristía durante los oficios.

Luego que llegaron los legados se valió Leon de los medios ordinarios de seduccion, agasajos y regalos. Quando ya estuvo asegurado de su buen efecto, convidó al patriarca á un gran banquete que acostumbraban dar los emperadores el primer día de Febrero, en el qual no se omitió ningun medio para ablandar al pastor, y alcanzar su consentimiento; pero él se mantuvo firme, sin que nada bastase á doblarlo, ni amenazas, ni la suerte funesta que se anunciaba si proseguia en oponerse á la voluntad del soberano. Arrebatado inmediatamente, se le llevó á destierro, y se le cargó de prisiones, como asimismo á todos los prelados que eran de su opinion. Despues de este ruidoso golpe, congregados en concilio los legados, autorizaron el matrimonio de Leon y de Zoe; pero tan solo por dispensa, y sin duda por el bien de la paz, porque el emperador se mostraba tan apasionado, que se temia, y no sin razon, que este asunto, en que ya andaban opuestos los pareceres, no llegase á ser nuevo manantial de desdichas para la Iglesia y para el estado. En medio de estas turbaciones, acometido Leon, hacia algun tiempo, de una disenteria, que le debilitaba cada dia mas, murió el 11 de Mayo de 911, dexando el imperio á su hermano Alexandro y á su hijo Constancio, con quien se habia asociado el año antecedente.

El ser muy niño Constantino fué lo que obligó á Leon á darle por compañero al príncipe Alexandro, que fué el protector de su infancia, y el apoyo del estado, pero sus deseos no llegaron á cumplirse. Alexandro, príncipe afeeminado, que no estimaba el poder supremo mas que porque le facilitaba el entregarse sin temor de castigo á los mas infames desórdenes, deliberó hacer mutilar á su sobrino para excluirlo del trono imperial; pero la muerte, fruto de sus desórdenes, lo derribó á él mismo quando entraba en el segundo año de su reynado. Aunque su go-

bierno duró poco, sin embargo fué uno de los mas funestos para los pueblos, porque los empleos que piden mas talento y probidad los habia confiado á sugetos poseidos de codicia, incapaces y viciosos, que pusieron en desorden todos los ramos de la administracion.

Quedando por único dueño del imperio Constantino IX, llamó á su madre Zoe, que Alexandro habia retirado de la corte. Esta muger, hábil y mas capaz de reynar que su hijo, despidió los indignos ministros que habian hecho infeliz al pueblo, y odiosa la autoridad en el reynado de Alexandro. En poco tiempo restableció la confianza dentro y fuera por medio de su aplicacion á los negocios, y cediendo, segun le pareció debia hacerlo, á las circunstancias, comprando la paz de los búlgaros y de los sarracenos, vecinos temibles, que siempre estaban con la espada levantada para acometer al imperio; pero el gobierno prudente y moderado de esta princesa no duró mas que seis años. Enredos de corte, é insinuaciones malignas, á que con demasiada facilidad dió oidos su hijo, lo hicieron ingrato para con ella. Romano Lecapeno, hombre de fortuna, que debia su exáltacion al emperador Basilio, á quien habia salvado la vida en una batalla, tuvo cabida en el favor del jóven príncipe, y en el manejo de los negocios. Constantino se casó con Elena, hija de este ministro, que á poco tiempo consiguió hacerse declarar compañero de su yerno. A pesar de algunas borrascas inevitables en un gobierno arbitrario, y expuesto incesantemente á nuevas revoluciones, como lo estaba el de Constantinopla, fué feliz esta asociacion. Romano velaba sobre el estado, y se aplicaba al gobierno de los negocios con tanta diligencia como capacidad, entre tanto que Constantino, hombre literato, encerrado en su quarto se entregaba, apartado del bullicio, á unos estudios que lisonjaban mas su gusto. La buena inteligencia que reynó mucho tiempo entre estos dos príncipes, fué causa de su seguridad, y de la prosperidad del imperio; pero al cabo llegó á turbarse esta armonía. Siendo Romano el único de los dos emperadores que obraba y gobernaba, y el único á quien conocian los ministros, los generales y los empleados, le fué fácil arrogarse á sí toda la autoridad, de que su compañero se mostraba poco zeloso. Para muestra de su superioridad, puso su nombre ántes de el de Cons-

tantino en los autos públicos, en menosprecio del juramento que habia hecho al tiempo de su asociacion al imperio; pero al mismo tiempo procuraba con empeño justificar entre los pueblos esta especie de usurpacion, por medio de su trabajo continuo, su vigilancia en todos los objetos de la administracion, y su actividad en hacer frente á los enemigos del estado. Mayores elogios hubiera merecido tadavía, si no hubiese confiado los mas de los empleos á unos hombres que no tenian otra recomendacion para conseguirlos, que ser interesadamente apasionados de su fortuna. Habia declarado por Augustos tres hijos suyos, sin que sepamos si Constantino habia consentido en su exáltacion; pero lo que parece cierto á lo ménos es, que no se opuso á ella. Así que se vieron á la vez en las murallas de Constantinopla cinco príncipes adornados con la púrpura, y gozando de los honores propios del poder supremo. Pero la demasiada ansia que mostró Romano Lecapeno por la exáltacion de su familia, fué la causa de su caída. Disgustados sus hijos de la severidad que usaba con ellos, y deseosos de reynar, lo hicieron prender, y conducir á la isla de Proté, donde se le obligó á tomar el hábito de monge. Despertado de su indiferencia Constantino con una empresa tan atrevida, y temiendo se hiciese con él el mismo tratamiento que estos príncipes inhumanos se habian atrevido á hacer con su padre, los mandó prender sucesivamente poco tiempo despues, desterró uno á la isla de Panorme, y otro á la de Tenedos, y los obligó á ambos á recibir la tonsura clerical, y despues los órdenes sacros. Tomada esta vigorosa resolucion, se esperaba que saliese Constantino de la vida indolente y retirada que habia llevado hasta entónces; pero recayó en la inaccion á que se habia habituado, abandonando el cuidado del gobierno á la emperatriz Elena y al eunuco Basilio, que vendian los empleos de mayor entidad á unos sugetos sin experiencia, ni talento, cuyo fin, comprándolos, era reembolsar el costo con usuras, haciendo vexaciones é injusticias como lo acostumbran tales gentes. En esta especie de tutela pasó Constantino los últimos catorce años de su reynado en la obscuridad de un sabio que no tiene que dar cuenta á nadie de sus operaciones. Murió el año 959 de un modo funesto y atroz. Impelido su hijo Romano el Jóven, á quien habia hecho coronar muchos años ántes

tes de la detestable ambicion de reynar solo, le hizo presentar veneno en una bebida que le habia mandado el médico. Sin embargo de que el vaso se le torció en las manos por un movimiento que hizo al recibirlo, y se vertió una parte del licor, con todo, lo que quedó tuvo todavía bastante actividad para darle la muerte despues de algunos meses de desfallecimiento. Este príncipe, que tuvo talento y virtudes suficientes para hacerlo digno de estimacion en el estado de hombre particular, careció de las qualidades que debía tener como príncipe para gobernar con gloria. A pesar de los estragos causados por la codicia de la emperatriz Elena y de los ministros, á quien confió su poder, su reynado, que comprehende el de Romano Lecapeno, se señaló con victorias memorables contra los búlgaros, los rusos, los sarracenos y los turcos, debidas al valor y habilidad de tres famosos generales, que fueron el propugnáculo del imperio, á saber, Nicéforo Focas, Leon Focas su hermano, y Teófanes, general de las armadas navales.

Romano el Joven gozó muy poco tiempo del horrendo crimen que lo habia colocado en el trono; y no parece sino que se habia apresurado á subir á él para manifestar quan indigno era de ocuparlo. Los placeres y la dissolution habian sido su único empleo ántes que el parricidio lo hubiese revestido con el supremo poder. Quando llegó á ser emperador, no mudó de vida, ni de costumbres; ántes por lo contrario la impunidad lo hizo ménos cauto en sus desórdenes, y ménos esclavo de ningun miramiento. Sus desarreglos lo condujeron al sepulcro en el año 963. Los dos hermanos Focas continuaron durante este reynado en hacer al estado señalados servicios, y ganaron á sus enemigos muchas victorias de la mayor consecuencia. Nicéforo con especialidad tuvo la gloria de tomar á los sarracenos un crecido número de plazas en el Oriente, é inmensas riquezas, que mostró á la vista del pueblo, quizá con excesiva ostentacion, en una pompa triunfal en medio de Constantinopla.

Este fausto imprudente dió en que sospechar á Teofanon, viuda de Romano, gobernadora del imperio, como tutora de sus dos hijos Basilio y Constantino, que todavía estaban en la primera infancia. Receló que Nicéforo, á quien sus victorias habian colmado de gloria, y

hecho amable á los pueblos, aspiraba al imperio. Joseph, primer ministro, poco afecto á este general, sin duda porque tenia celos de su reputacion, confirmó las sospechas de la emperatriz. Resolvióse apartar á Nicéforo, volviéndolo á enviar á Oriente á la frente de los exércitos; pero haciéndolo nuevas victorias mas y mas celebre y temible, se determinó deshacerse de él. Las órdenes se confiaron á dos capitanes, que enseñados á vencer baxo su mando, y poniendo su gloria en participar de la suya, se avergonzaron de haber sido elegidos para servir de instrumentos al odio de la gobernadora y del ministro. Estos dos generosos amigos de Nicéforo, que eran los generales Juan Cimiscés y Romano Curenas, mostraron á Nicéforo las cartas de la corte, y le aconsejaron previniese el golpe que le amenazaba, haciendo que el exército lo proclamase emperador, y marchando en derecha á Constantinopla. Atemorizado Nicéforo con las resultas que podia tener tal empresa, titubeó al principio; mas convencido despues con las razones de sus amigos, siguió sus consejos.

Habiendo recibido Nicéforo el imperio de su exército victorioso, lo guió á Constantinopla. Las puertas de esta ciudad capital se le abrieron: los señores y el pueblo, que lo miraban como el único apoyo de la patria, y el mayor soldado que habia tenido la Grecia desde los Belisarios y Narsés, le salieron de tropel al encuentro. El entró en la capital en medio de las aclamaciones y señales mas lisonjeras del gozo y satisfaccion pública. Sea política, ó sea inclinacion, como quieren algunos, se casó con la emperatriz Teofanon, y se declaró por tutor de los dos príncipes niños sus hijos. El reynado de Nicéforo no fué mas que una serie de triunfos; pero no gustaba sino de la guerra, y solo hacia aprecio de la profesion de las armas. Por enriquecer á los que la habian abrazado, vexó y despojó á todos los demas, sin perdonar magistrado ni clero. Sus extorsiones y su avaricia lo hicieron tan odioso, que se olvidaron sus victorias, y no se vió ya en él mas que un príncipe codicioso, que robaba los monasterios é iglesias, y que se aprovechaba de los tiempos de carestía, para vender á precio subido el trigo que habia hecho acopiar en sus hórreos. Quitó el mando de los exércitos á Juan Cimiscés, y lo privó de su gracia. Esta injusticia con un general experimentado y fiel, á quien nadie igno-

raba que debía imperio y vida, aumentó los disgustos. Conspiróse contra él; y Teofanon, que si habia admitido su mano, habia sido solamente porque tuviesen protector sus hijos, entró en la conjura. Temia que Nicéforo, disgustado de ella, hiciese pasar la corona imperial á la cabeza de Juan Focas su hermano en perjuicio de los príncipes Basilio y Constantino, hijos de Romano el Joven; y así se reunieron todos sus intereses para apresurar la perdicion de Nicéforo. Aunque este tenía una guardia numerosa y fiel, en la qual descansaba, sin embargo burló Teofanon su vigilancia, subiendo de noche los conjurados á palacio en una cesta; y conduciéndolos despues al quarto del emperador que dormia, fué asesinado ántes que su guardia advirtiese lo que pasaba. A pesar de la fama de sus victorias, y de la importancia de sus conquistas, dexó un nombre detestable, porque fué poco reconocido á los servicios que se le habian hecho, injusto, cruel, y sin respeto al derecho mas sagrado de los ciudadanos en el derecho inviolable de la propiedad. No es este el primero, ni el único exemplo que suministra la historia de un príncipe dotado de las mejores prendas, y destinado para hacer felices á todos, á quien la injusticia ha derribado del trono, y hecho odioso á la posteridad.

Juan, llamado Cimiscés, voz armenia, que significa un hombre de pequeña estatura, reo de un vil asesinato, y cubierto con la sangre de un enemigo, á quien debiera haber respetado, porque era su soberano, subió sin obstáculo al trono de donde acababa de precipitarlo. Si habia algo que pudiese excusar un delito tan atroz, se debería quizá distinguir á Cimiscés con alguna indulgencia, grangeada por su zelo en corregir los abusos, y en socorrer todas las necesidades del estado por su infatigable actividad á la frente de los exércitos, y su particular fortuna en la guerra, por su clemencia con sus enemigos personales, y por su grande compasion en las desgracias de los pueblos; virtud que le ocasionó su ruina. Atravesando la Cilicia con su exército, vió castillos y casas de extrema magnificencia, y como preguntase quién era el dueño de ellas, se le dixo que el eunuco Basilio, hombre de mucho favor en la corte, y de inmensa riqueza. ¡Ay! dixo el emperador, *infelices trabajos los nuestros, que no sirven mas que para enriquecer á un eunuco.* Sabido

esto por Basilio, tuvo por cierta su perdicion, y para prevenirla persuadió al copero á que echase veneno en la copa del emperador. Esta accion detestable se puso en execucion, y de resultas murió Cimiscés en el mes de Enero del año 976. Dios permitió que los dias de este príncipe se concluyesen por medio de un delito semejante al que habia dado principio á su exáltacion.

Con esta muerte volvieron á entrar Basilio III. y Constantino en los derechos que les daba el nacimiento al trono imperial; de donde probablemente se puede inferir, que si Cimiscés hubiera vivido mas tiempo, no habria dexado de apartarlos para siempre. El primero de estos príncipes solamente tenía diez y nueve años, y el segundo unos diez y siete. El eunuco Basilio quedó con el empleo de primer ministro, y volvió á traer á la corte á la emperatriz Teofanon, madre de los segundos príncipes, para valerse de sus consejos, y cubrirse con su autoridad. El último emperador la habia desterrado á un monasterio, sin duda porque la juzgaba capaz de usar de traicion con él, quando tan cruel la habia hecho á su marido Nicéforo. El joven emperador Basilio se entregaba al trabajo, y á los negocios del gobierno con una aplicacion y madurez superior á su edad; pero Constantino solo tenía aficion á las diversiones y placeres. Su reinado duró mas de cincuenta años, contando hasta la muerte del que sobrevivió. En los principios hubo turbaciones, bandos y rebeliones, movidas por Seclero y Bardas-Focas, segundos generales disgustados de la corte. Uno despues de otro tomaron el título de emperador, y unieron al parecer sus intereses contra los príncipes legítimos, sus enemigos comunes, pero despues se dividieron; y viendo Bardas en Seclero un competidor temible, buscó medios de deshacerse de él; pero tambien pereció en el instante que Basilio iba á darle batalla. Concluida con esta muerte la guerra civil, volvió el emperador sus armas contra los enemigos del estado; y su actividad, su buena conducta y su valor lo hicieron salir casi siempre vencedor de los búlgaros, de los sarracenos y de los otros pueblos vecinos, que no cesaban de atacar las fronteras siempre que hallaban ocasion. El retrato de este príncipe y de su compañero lo delinearemos en la historia del siglo undécimo, cuyos primeros veinte y ocho años ocupará su reinado.

De todo lo que acabamos de decir sobre el estado del imperio griego en el siglo décimo, se puede sacar que la corte de Constantinopla continuaba en estar tan corrompida, y tan turbulenta como siempre; que la traicion, la perfidia, el homicidio y los tósigos, eran los medios ordinarios de los que habitaban esta temible corte; que las tempestades se fraguaban continuamente al rededor del trono, al qual se subia y baxaba por medio del delito; que si los talentos militares, y el valor de algunos generales hábiles hicieron victoriosos los exércitos, estas victorias fueron mas bien efecto de la casualidad, que no de un sistema de política prudentemente combinado; que las revoluciones freqüentes, los vicios vergonzosos y públicos de los soberanos, la codicia de los ministros, sus cohechos, sus enemistades y su gobierno tiránico, desmoronaban todos los cimientos de la prosperidad pública; y por último, que si el estado conservaba todavía algun esplendor, y se le tenia alguna atencion por fuera, el pueblo, tan corrompido como las demas clases, era sobremasera desdichado interiormente.

CAPITULO II.

Estado del imperio de los califas, y de la religion musulmana.

Ya no nos presentan los musulmanes aquel grande espectáculo de una nacion belicosa y entusiasta, que emprende la conquista del universo por causa de religion, y que cree ganar el cielo muriendo con las armas en la mano en honra del alcoran. Sin ser ménos zelosos por sus leyes, ni tener ménos respeto á Mahoma, habia tenido su fanatismo la suerte que todas las pasiones humanas; á saber, habia perdido de su actividad al paso que se habia ido apartando de su origen, y su primer fervor se habia ido entibiando poco á poco extendiéndose léjos. A fines del siglo nono se habían formado en el seno del eslamismo sectas de reformadores, que presentando la religion baxo de nuevas ideas, substituyendo la disputa á una fe muda y ciega, habían dividido el zelo de los creyentes, que habían mostrado tan vivo y tan impetuoso en quanto no tenían mas que un solo objeto.

Otras causas de influencia no ménos directa y ménos segura habian concurrido ya á hacer decaer la religion y el imperio de los musulmanes de aquel estado floreciente en que lo hemos visto. Estas causas, que por su naturaleza se habian de hacer mas executivas con el tiempo, se manifestaron mas y mas en este siglo, y produxeron efectos mas visibles. Los primeros musulmanes habian sido unos hombres sóbrios, duros y constantes en los trabajos, sin conocer ninguna de las comodidades de la vida, hechos al calor, al frio, al hambre y á las demas fatigas anexas al exercicio de la guerra, siempre armados, siempre á caballo, durmiendo en el suelo, sin otro equipage que sus armas, sin otras provisiones que harina en un saco, y sin otras alhajas de cocina que una olla de hierro, y un plato de madera. Sus capitanes, los primeros califas, les daban exemplo de esta vida sencilla, frugal y distante de todo fausto. Abubecro, Omar, Moavias, 'Alí y los otros sucesores de Mahoma en los primeros tiempos ignoraban el luxo y la magnificencia, vivian como sus soldados, y no se atribuian otra distincion que la de mostrarse mas fieles á las prácticas de la religion, mas desinteresados en el uso de los caudales públicos, y mas intrépidos en medio de los combates. Unas costumbres agrestes, y una ignorancia grosera servian de baluarte á esta austeridad, que se perpetuó y se mantuvo casi en el mismo grado todo el tiempo que la casa de los Omniadas ocupó el trono.

Luego que los Abasidas se hicieron dueños de la autoridad suprema, empezaron á apartarse de la antigua simplicidad. Creyeron, á exemplo de otros monarcas, que la soberanía no podia carecer de cierto esplendor exterior, y que la magestad de los reyes necesita una magnificencia aparente, que aumente el respeto de los pueblos, dando ideas de grandeza, é infundiendo temor. Así que el fausto y el esplendor se introduxeron en las cortes de estos príncipes; y desde Almanzor, que fué el primero de los califas que tuvo aficion á las artes, á la pompa, al primor y á las fiestas, no hizo otra cosa el luxo que irse aumentando, hasta obscurecer el de los monarcas mas estragados del Asia. La pereza y el gusto de los placeres se siguieron á las riquezas aplicadas al ornato del trono; y la licencia, la disolucion y el menosprecio de todo pun-donor, no tardaron en seguir sus huellas. Palacios, mue-

bles, equipages, mesas, ministros, criados, todo se multiplicó excesivamente, y se puso en el mas alto grado de magnificencia y de riqueza. Muy en breve se refinó aun el mismo deleyte, y se inventaron nuevos medios de irritar y de satisfacer los sentidos; con lo qual la corte de los soberanos musulmanes vino á hacerse el centro, en que se halló reunido lo mas delicado en todo género, lo mas sensual y lo mas á propósito para corromper los corazones con un gasto que espanta solo al pensarlo. Unos soberanos sumergidos en la malicia é indolencia, sin otro cuidado que el de variar sus placeres, y embriagarse á satisfaccion con la idea de su grandeza, no eran á propósito, ni para las expediciones militares, ni para las empresas arriesgadas que habian hecho á sus predecesores temibles á las otras potencias. Los pueblos, que con impuestos excesivos surtian á su luxo sin experimentar la influencia benéfica de su poder, se hacian indiferentes respecto de su destino. A los exércitos, que ya no los veían á su frente, participando de las fatigas y riesgos, se les daba poco vencer para asegurar su descanso, y hacerles gozar sin inquietud de una ociosidad voluptuosa, que costaba la vida y el reposo á millares de hombres. De aquí provino que no teniendo los gobernadores de provincia quien los zelase, ni conteniéndolos una autoridad dominante, trabajaron en su propio beneficio, y procuraron la independencía. Los generales y gente de guerra, que servían baxo sus órdenes con los cuerpos de tropas que los mandaban, pasaron al servicio de estos gobernadores hechos soberanos, que compraban el auxilio de su brazo, para mantenerse en la usurpacion, libertarse del castigo, y engrandecerse á costa de sus vecinos que hacían otro tanto.

En este siglo se vió, pues, desmembrarse el poder musulman, y dividirse en una infinidad de estados pequeños, cuyos intereses políticos eran opuestos, y que no tenían entre sí otro vínculo que el de una comun credulidad á los sueños y delirios del Alcoran; y aun las mismas distintas interpretaciones de este libro, para ellos divino, fueron origen de secta contraria y de disputas teológicas, cuyo furor armó mas de una vez á los príncipes y pueblos, encarnizados en destruirse mutuamente. Estas disensiones políticas y religiosas produxeron guerras obstinadas entre los musulmanes, y fueron la principal causa de las victo-

rias que les ganaron los emperadores griegos. Entre tanto que los discipulos de Mahoma se aniquilaban entre sí, y que la cabeza del estado, contenta con que la adorasen en su palacio, vivía en él sin cuidarse de nada de lo que pasaba léjos de sí, enviaban los soberanos de Constantinopla contra ellos exércitos formidables, y generales experimentados. Ellos perdían batallas, ciudades, provincias enteras, riquísimo botín, y tan crecido número de vasallos reducidos á cautiverio, que algunas veces no se sabia donde ponerlos.

Los pequeños soberanos, que se habian formado de los estados con las varias desmembraciones de la monarquía, ocupados en sus intereses personales, y descuidados de la causa comun, veían estas victorias de los griegos sin oponerse á ellas siempre que no les atacaban directamente, ó les amenazaba de cerca. Si se juntaban algunas veces para su defensa mútua, cesaba su union con el riesgo que los habia juntado. Los zelos del mando, la ambicion y la venganza los dividían de nuevo, y convertían en su destruccion aquellas mismas armas que acababan de aliarse para rechazar á un enemigo, cuyas fuerzas consistían en parte en sus mismas oposiciones. La historia del eslamismo no nos presenta á la vista otros objetos en el discurso de todo este siglo, y las mismas escenas se repitieron á menudo en todas las comarcas del imperio musulman. Un gobierno, cuyas partes no tenían ya trabazon, correspondencia ni armonía, no podía conservar su antiguo esplendor, ni contrapesar á las fuerzas que lo asaltaban por fuera, y lo amenazaban por dentro. La estabilidad de los estados depende de la influencia continua de la cabeza sobre todos los miembros que componen el cuerpo político, y de las relaciones estrechas que tienen á estos unidos con esta cabeza, principio de vida, centro de actividad, y único móvil que á todo lo pone en execucion. Si la cabeza se entorpece, é incurre en la inaccion; si los miembros cesan de estar unidos con ella, y buscan interes aparte, ya no tiene consistencia este cuerpo, sino que todo él se desarma y disuelve. Tal fué la suerte de la potencia musulmana; y esta reflexion es la imagen del estado á que la vemos reducida en el siglo décimo. Deslumbrados los califas con su propia magnificencia, debilitados

con la pereza, entregados á sus placeres, abandonaban el cuidado de los negocios y las dificultades del gobierno á unos ministros cobardes, avaros, pérfidos, y por lo comun tan estúpidos, y tan poco capaces de aplicación y de trabajar como sus amos. Estos monarcas débiles y voluptuosos dexaron nacer en el centro de su corte, y levantarse á su vista una magistratura, ó por mejor decir, una autoridad contraria á la suya, que los eclipsó en el mismo centro de su poder, y les hizo temblar sobre un trono rodeado de precipicios. El oficial á quien se dió este cargo se llamaba Emir Al-omara; esto es, comandante de los comandantes. Era á un mismo tiempo gefe de los consejos, ministro de guerra y de hacienda, primer magistrado y primer general: su clase, sus funciones y su poder lo hacian semejante á lo que eran los mayores ó gobernadores de palacio en tiempo de la primera rama de los reyes de Francia por el dominio que en poco tiempo adquirieron estos emires sobre sus señores, y por la multitud de tiranos que se atribuyeron la independencía, se hallaron muy en breve los califas reducidos á una representacion vana y ociosa. Reverenciábanlos como cabezas de la religion, á cuyo título se pronunciaban sus nombres con respeto al empezar las oraciones en todas las mezquitas; y á esto se reducía todo lo que les quedaba de su antiguo poder. Pero si su dignidad era sagrada, no por eso era inviolable su persona. Los exáltaba al trono, y se les derribaban como vanos simulacros de quien la ambicion y la venganza se burlaban á su arbitrio. Todos los que en este siglo reynaron, perecieron sucesivamente ó por el hierro ó por veneno; y aun hubo alguno á quien se desdenaron de matar, y que se mantuvieron vergonzosamente pidiendo limosna á la puerta de los templos. Tal fué entre otros Caher décimo nono califa de la casa de los abasidas, á quien habian sacado los ojos, y que poniéndose los viénes cerca de la mezquita mayor con los otros ciegos, decia á los que pasaban: *acordaos que el que os pide hoy limosna ha sido vuestro califa.*

Otra causa mas se añadió á aquellas, cuyos efectos acabamos de exponer, para reducir el poder, en otro tiempo tan temible de los califas, á este estado de envilecimiento y debilidad; este fué el espíritu de secta,

principio de destruccion mas funesto y mas rápido que ningún otro en toda especie de gobierno. Un embustero natural de Carmath en el Irac arábigo ó antigua Caldea, se habia levantado en el reynado de Mothadad, décimo sexto califa de la raza de los Abasidas, que murió el año de 902. Dióse por profeta enviado de Dios, y formó en poco tiempo una secta numerosa. Mudó las fórmulas de oraciones que se miraban como sagradas, suprimió muchas ceremonias incómodas, y permitió á los musulmanes el uso del vino. Sus secuaces tomaron el nombre de carmathas de él del lugar en donde habia nacido. Al furor del fanatismo añadieron el de la guerra, y sus exércitos, mandados por unos generales que ellos mismos se habian escogido, causaron por todas partes estrago y desolacion. En tiempo del califa Moktader, que fué muerto el año 932, tomaron la Meca, saquearon el templo de la Caaba, baxo el mando del general Abu-Taer, y se llevaron la piedra negra, objeto de la veneracion de todos los buenos musulmanes. Echábanse á menudo sobre las carabanas de peregrinos que iban, segun el precepto de la ley, á hacer sus romerías á la Meca ó á Medina, y no contentos con robarlos, los asesinaban sin piedad, de suerte, que estando infestados de estos ladrones los caminos del desierto, fué por mucho tiempo imposible emprender la peregrinacion de la Meca, que por esta causa estuvo interrumpida muchos años. Tomáronse las armas para exterminar estos perjudiciales sectarios: hubo sobre ellos alguna ventaja: perdieron muchas batallas sangrientas; pero despues de derrotados volvian á parecer mas furiosos, y en mayor número que ántes, para vengar la muerte de sus hermanos. En ningún tiempo las guerras de religion tan reprehendidas á los christianos, se han sostenido con mayor furia, ni hecho correr mas sangre.

Con las desmembraciones y alborotos de que hemos hablado, las mas de las provincias y grandes comarcas, que habian compuesto el dilatado imperio de los califas en el siglo nono, tuvieron soberanos particulares en éste. Así que se vieron príncipes independientes baxo diferentes nombres en el Irac arábigo, en la Persia propiamente llamada, en el Irac pérsico que fué el país de los antiguos partos, en la Mesopotamia, en el Egipto y la

Siria, en el Korasan y la Transaxona, entre tanto que el Africa veia á los fatimitas, descendientes de Mahoma por su hija Fátima, esposa de Alí, fundar una nueva monarquía, y tomar el título de califa.

A pesar de este repartimiento del poder soberano en tantas ramas, siempre residia en los califas de Bagdad ó de Oriente el doble poder que caracterizó desde los primeros tiempos la dignidad suprema del califado, y se perpetuaba por ellos la sucesion de los soberanos legítimos. Por tanto no pondremos otros nombres que los suyos en la tabla sincrónica de los príncipes de este siglo. Lo que la historia nos dice sobre cada uno de ellos se reduce casi á una mera lista de poco interes, en donde se contenta con señalar el tiempo de su subida al trono, y el de su caída, y así tenemos por inútil repetir aquí lo que presentará á la vista del lector la tabla sincrónica.

CAPITULO III.

Pintura política del Occidente.

Quantos delitos y desgracias acarrear la anarquía y la ferocidad, otros tantos cubrieron el Occidente, haciéndolo un dilatado teatro de horrores en el siglo décimo. Esta es la época mas deplorable, y que mas aflijó á la humanidad. Casi toda la Europa estuvo sin leyes, sin costumbres, sin luces, sin reglas y sin freno. La ambicion ciega y mal dirigida en sus medios: la venganza atroz casi siempre sin objeto y sin utilidad: la independencia que no tiene otro fin que no obedecer á nadie y hacer mal libremente: la transgresion pública de todas las leyes divinas y humanas: los pueblos oprimidos por una multitud de tiranos, cobardes y crueles: la libertad, la justicia, tan poco conocidas como la razon: la fuerza dominando por todas partes, y destruyéndolo todo: los escándalos mas repugnantes hechos tan comunes que ya no se reparaba en ellos: por último, todos los estados igualmente envilecidos y corrompidos: reyes, emperadores, pontífices, obispos, abades, duques, condes, barones, clérigos y legos, todos entregados á pasiones groseras, á vicios deshonestos, de que no habia duda que en algun tiempo se hubieran aver-

gonzado, viviendo en el desórden sin vergüenza ni conciencia: esto es en pocas palabras el horrible espectáculo que nos presenta la historia de este siglo llamado tan justamente el siglo de la confusion y de las atrocidades; y esta idea general que acabamos de dar, la justificará ampliamente la relacion por menor en que vamos á entrar.

En el artículo III. del siglo nono diximos que quando murió Luis, hijo del emperador Arnolfo, salieron de la casa de Carlo Magno para pasar á otra dinastía, la corona de Alemania y el cetro imperial. Expusimos en pocas palabras este suceso, que executo sin disputa y sin revolucion, por el efecto necesario de las causas políticas y morales que habian hecho caer á los príncipes de la rama Carlovingiana en el abatimiento y nulidad. En esta época se hizo electivo el imperio de Oriente, y hereditarias por el contrario las grandes dignidades, porque el imperio habia cesado de serlo, como lo advierte un escritor juicioso de nuestros dias: y los grandes que las poseian se atribuyeron el derecho de elegir señor. Sus votos ensalzaron al trono á Conrado I. el año 912, con repugnancia suya, y por consejo de Oton duque de Saxonia, que lo propuso como mas digno del supremo puesto, no obstante ser su enemigo: generosidad rara en estos tiempos de delito, y quizá el único rasgo de magnanimidad que tendremos que advertir en el discurso de muchos siglos. Algunos escritores no han contado á este príncipe en el número de los emperadores de Occidente, como tampoco á Enrique I. llamado el Pajarero, de la casa de Saxonia, que le sucedió el año 918, porque ni uno ni otro habian ido á consagrarse y coronarse en Roma; ceremonia en que han pretendido estos escritores que consiste el carácter de la magestad imperial.

La Italia la estaban á la sazón robando varios príncipes, que se hicieron llamar reyes, no siendo en la realidad sino sus tiranos. Entre ellos se ve un Berenguer, duque de Friul; un Guido, duque de Espoleto; un Lamberto, hijo de este Guido: un Rodolfo, rey de Borgaña; un Hugo, rey de Provenza, que se arrogaron sucesivamente el título rumboso de emperadores, y que sin embargo nada fueron ménos que príncipes, en quienes dignamente se pudiese representar la idea de poder y